Lichtenberg, oscuridades de las luces

'Aforismos', el libro más rico de la literatura universal

LUIS MEANA

En el gigantesco pabellón de olvidados y/o desconocidos, uno destaca por particularmente aberrante: el de la diminuta, torcida y deforme figura de un físico alemán de Göttingen, nacido en las cercanías de Darmstadt en julio de 1742 y que iría a morirse en febrero de 1779, 10 meses antes de que siglo tan rutilante apagara sus luces, lo que muestra ya la esencia de su relación con la época: absolutamente única por su heterodoxia. Ese Colón de la hipocondría, como le llamaron, profundo conocedor de lo inglés y gran enamorado de Inglaterra, hombre que en vida sólo se relacionó, más o menos depravadamente, con mujeres de baja extracción, era el último y decimoséptimo hijo de un pastor pietista a quien, por su afición a los experimentos, llamaban el pastor politécnico. Georg Christoph Lichtenberg arrastró desde niño — según él, por descuido de una nurse, según la medicina

posterior por alfísico y psíquico, de una joroba de-

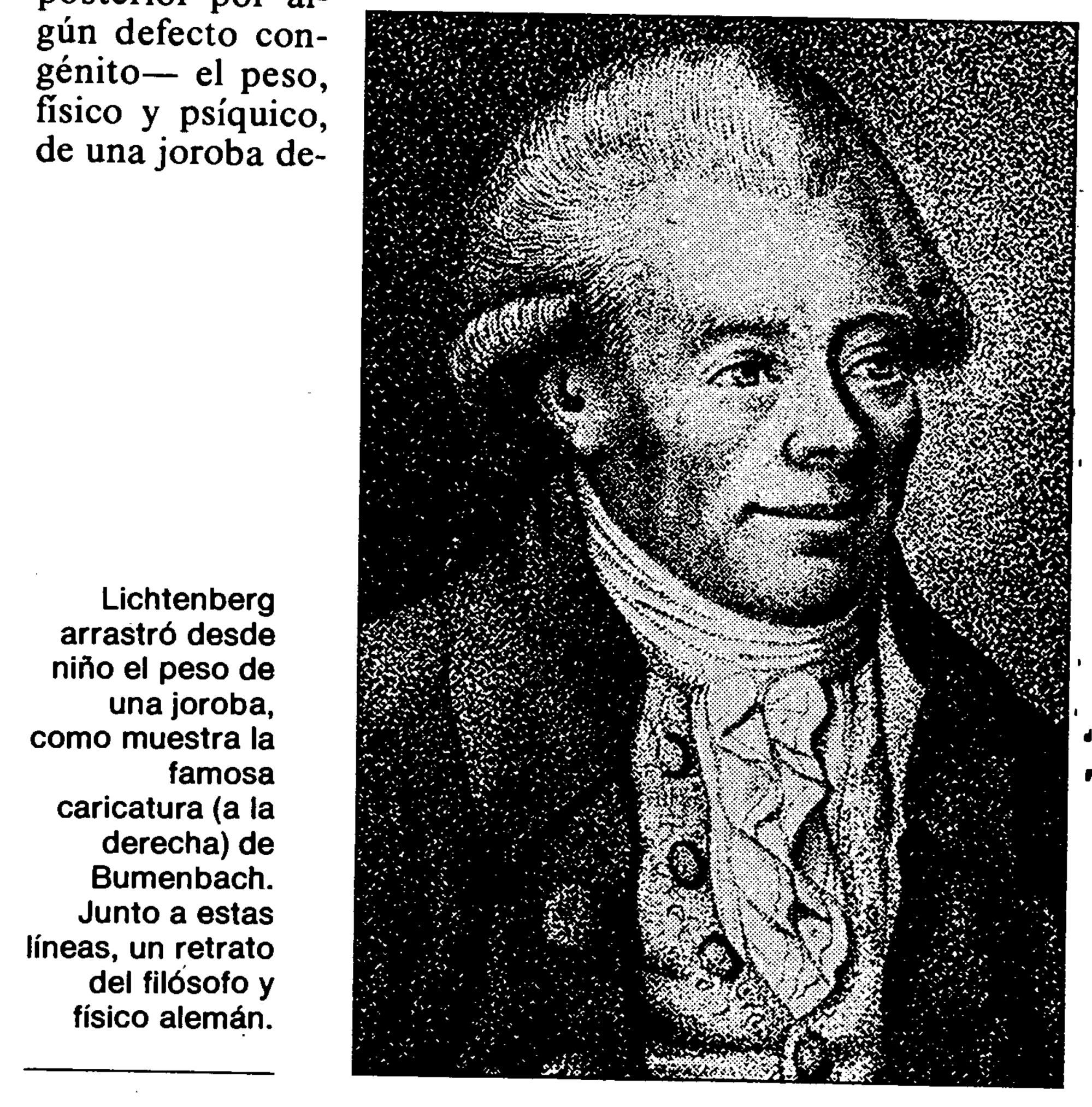
forme que le convertía, como muestra muy bien la famosa caricatura de Bumenbach, en un pequeño monstruo. El olvido se vuelve particularmente escandaloso a la vista de las credenciales con que la historia intelectual alemana adorna al hijo pequeño del pastor politécnico. De él escribió, por ejemplo, el ácido Karl Kraus: "Lichtenberg excava más hondo que cualquier otro sin volver luego a la superficie. Habla bajo la tierra. Y sólo aquel que cava tan profundo como él le oye". En términos cercanos se había expresado ya anteriormente el coetáneo y oponente Goethe: "Los escritos de Lichtenberg pueden usarse como la más maravillosa varita de zahorí: donde él hace un chascarrillo yace oculto un problema importante". Nietzsche, además de incluirle en la lista de grandes moralistas de la historia —con Rousseau, Kant, Hegel, Schopenhauer y Goethe—, añade: "Aparte de Goethe, ¿qué queda propiamente de la literatura en prosa alemana que merezca ser leído una y otra

vez? Los aforismos de Lichtenberg". Y Schopenhauer le concedió aquello que para él era la distinción máxima: en cé-

lebre pasaje le caracteriza de filósofo auténtico., como uno de esos pocos que no lo parecen pero que lo son, en vez de toda esa masa de los que no lo son pero lo parecen.

Su mayor obsesión, la investigación microscópica del alma humana. Hallar sus leyes newtonianas. Al trasladar el epicentro de la observación del mundo físico al yo, este príncipe azul de la razón salió, aparentemente, convertido en una fea rana. El mismo formuló la sensación de frustración y fracaso científico propia del catedrático: "Hice el camino hacia la ciencia como el perro que sale a pasear con su amo, cien veces el mismo trecho hacia arriba y hacia abajo, y cuando llegué estaba cansado". En vez del oro de las leyes newtonianas del yo, recoge sólo restos de arenilla; los hoy llamados aforismos. Pero aquí, como en los cuentos, la arenilla que tiene en la mano es, sin que él mismo llegase nunca a saberlo, oro limpísimo. Aquellas modestas anotaciones fundaban un nuevo género: el aforismo filosófico alemán, del que Lichtenberg será ya para siempre insuperable maestro. Su valor está no en su calidad literaria, sino en la limpieza y profundidad analítica. Pasa a la página 3

Lichtenberg arrastró desde niño el peso de una joroba, como muestra la famosa caricatura (a la derecha) de Bumenbach. Junto a estas líneas, un retrato del filósofo y físico alemán.





NARRATIVA



Los mitos de Calasso. El segundo libro del editor italiano Roberto Calasso, Las bodas de Cadmo y Harmonía (Anagrama), acaba de ser traducido al castellano. Calasso vuelve a narrar los mitos griegos con un estilo penetrante, evocador, personalísimo. Más que un libro, es un fascinante curso de mitografía y mitología. Página 4



ENSAYO LITERARIO

Un libro espejo

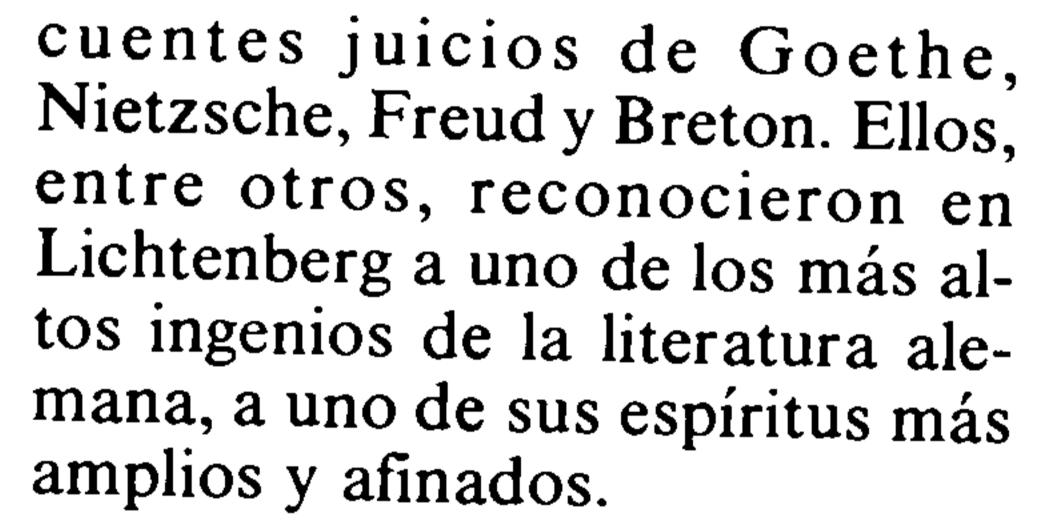
Canetti consideraba los 'Aforismos' "el libro más rico de la literatura universal"

Aforismos

Georg Christoph Lichtenberg.
Selección, introducción y notas de Juan
José del Solar. Traducción de Juan
José del Solar. Edhasa. Barcelona, 1990.
324 páginas. 2.000 pesetas.

IGNACIO ECHEVARRÍA
Este volumen es fruto de la impagable iniciativa de su traductor,
Juan José del Solar, responsable,
asimismo, de la selección de los
textos, de su introducción y de
las notas. No es casual que, previamente, Solar haya sido destacado traductor de Elías Canetti,
acaso el más directo de los herederos de Lich-

tenberg. Es Canetti quien, en un fervoroso medallón incluido en La provincia del hombre, califica a estos Aforismos como "el libro más rico de la literatura universal". Y no es el único en referirse a Lichtenberg en términos superlativos. Este volumen viene presentado con elo-





Catedrático de ciencias naturales en la Universidad de Gotinga, anglófilo impenitente (su talante cáustico y amigable lo emparenta con Swift, Sterne, Fielding, Johnson o Hogarth), Lichtenberg (1742-1799) reunió en el curso de su vida un total de 15 cuadernos, en los que, desde 1765 y hasta su muerte, fue anotando todo tipo de ocurrencias, desde largas reflexiones filosóficas hasta brevísimos juegos de palabras, pasando por notas de lecturas, citas y esbozos de todo orden. Sólo póstumamente tales cuadernos vieron la luz, conociendo inmediata popularidad

bajo el equívoco epígrafe de Aforismos.

Con razón señala Solar la distancia que separa "este sorprendente cajón de sastre" de la tradición aforística del clasicismo francés. Lichtenberg no es, ciertamente, un moralista. Le falta solemnidad y convicción para ello: "Ni negar, ni creer", asevera. Su espíritu hormigueante le conduce a jugar con sistemas sin enredarse en ellos: la suya, escribe Canetti, es "una erudición ligera como la luz". Luz que alumbró el siglo al que Lichtenberg pertenece por entero, como si su muerte en el filo extremo del mis-

> mo supusiera una renuncia premonitoria a ese siglo XIX que mereciera el calificativo de idiota. Pues él es, irrenunciablemente, un racionalista, un ilustrado, acaso el más ejemplar porque es el más desencantado. "Se habla mucho de la ilustración —escribe— y se desean más luces. Pero,

¿de qué sirve tanta luz, Dios mío, si la gente no tiene ojos o, si los tiene, los cierra intencionadamente?".

No hay pathos alguno en esta pregunta. No lo hay en todo el libro. Sus notas son lo contrario de esas efusiones que él tanto detesta y contra las que endereza algunas de sus más reiteradas pullas. Él es un sentimental a la manera sonriente de Sterne, no al acalorado modo de esos jóvenes románticos emblematizados por el señor barón von Werther. La suya es una caligrafía del pensamiento, donde nada es impremeditado: "Un impromptu en el que ya había trabajado antes en sus ratos de ocio".

Lichtenberg fia su inteligencia en el oído y en la mirada, nunca en el sentimiento. Con el oído desnuda el lenguaje y presiente que en él terminan los caminos de la filosofía. Con la mirada penetra detrás de todas las apariencias y constata socarronamente la inmutabilidad de la naturaleza humana. Y es en el gesto con que se instala detrás de la ventana para ver más allá (el gesto de su autorretrato) como Lichtenberg revela su contemporaneidad de clásico: "Os entrego este librito como un espejo para que os observéis vosotros mismos, no para que observéis a otros como con unos impertinentes".

Sin dogmas

Testigo de un fin de siglo lleno, como éste, de sacudidas y sobresaltos, él es capaz de percibir las asonancias de la historia por la simple forma en que sabe registrarla: "Según fuentes fidedignas", observa, "en julio de 1790 se vendían por libras piedras de la Bastilla en las calles de Londres".

Su lucidez, sin embargo, no lo sitúa nunca en un plano superior respecto al mundo. De hecho, su experiencia del mundo la asume siempre en un sentido constructivo y, por lo mismo, provisional. De ahí esa absoluta ausencia de dogmatismo, que, ya hacia el final de su vida, refleja una frase de reconocida impronta kantiana: "El mundo no está ahí para ser conocido por nosotros, sino

para que nos formemos en él". Porque su voz carece de toda impostación, su personalidad se muestra en toda su complejidad. Ama la vida y piensa en el suicidio; desconfía del saber, pero su curiosidad lo arrastra en todas las direcciones. Tampoco su risa es sencilla: no es amarga, ni escéptica, ni cruel, pero es duradera.

"Roturar el tiempo": así reza uno de los más admirables lemas de este libro, que se ofrece a sí mismo como un semillero: "He puesto por escrito y reunido un buen número de pensamientos breves y esbozos que, por ahora, aguardan no tanto una última mano como unos rayos de sol que los hagan germinar". Si en los últimos años aflora una inquietud ante el desorden de tantas anotaciones en apariencia sin fruto, si hay algo semejante a un arrepentimiento, ello se debe a que "la edad vuelve inteligente", pero, "la inteligencia, en cambio, envejece a la gente". En su espléndida inconcreción, quedan, pues estas miniaturas inagotables.

"Quien tenga dos pares de pantalones, que venda uno y se compre este libro", escribe el propio Lichtenberg. Nadie se arrepentirá.



JOSÉ LUIS LARGO

Fascinante visión

Literatura árabe de hoy

Pedro Martínez Montávez. Editorial CantArabia. Madrid 1990. 367 páginas. 1.590 pesetas.

MIGUEL BAYÓN Los árabes hace mucho que están de moda, pero siempre desenfocados. Los últimos acontecimientos en el Golfo no parecen contribuir, vistos desde la óptica occidental, a posibilitar un acercamiento desprejuiciado a la cultura de esos pueblos. Pero Pedro Martínez Montávez siempre ha sido de los que saben que leyendo se entienden las gentes. No en vano encabeza a una generación de arabistas que nunca ha desdeñado combinar erudición con preocupación por lo contemporáneo.

Literatura árabe de hoy es un conjunto de escritos que, retratando discretamente las pasiones y el itinerario del propio autor, posee la utilidad de asomar al lector a un panorama literario donde nada nace de la nada y, sobre todo, donde los libros están impregnados de testimonialidad acerca de lo que, sucediendo en esos países, nos atañe a todos.

Queda claro en Literatura árabe de hoy que Naguib Mahfuz no es el único escritor árabe. Por supuesto no falta el estudio de Martinez Montávez sobre el premio Nobel egipcio, e incluso incluye un eficaz retrato in situ del autor de la Trilogía de El Cairo: el arabista español fue el único participante no árabe en el primer homenaje que se tributó en Egipto al galardonado. Pero también se nos emplaza a prestar atención a "dos que no lo ganaron", el egipcio Taha Husayn y el libanés Jalil Yibran.

Nexos

Martínez Montávez, con buen sentido, intenta definir los nexos con lo árabe de poetas españoles como Lorca o de imperecederos temas literarios como Granada; y hasta arroja luz sobre la olvidada diáspora árabe, con el caso del poeta Hanna Yásir, afincado en Argentina con el nombre de Juan Yaser.

El peso del islam, la voz literaria del feminismo árabe no faltan, clarificadoramente, en estas páginas. Es un libro variado pero que, abarcando mucho, aprieta siempre: así, puede guiarnos por el universo de poetas como el iraquí Al Bayati —Irak es uno de los países mejor conocidos culturalmente por Pedro Martínez Montávez— de modo tan certero como por el actual teatro marroquí o a través de los encuentros y desencuentros en las relaciones literarias hispanoárabes.

Verdades en calderilla

Viene de la página 1

Sin saberlo, había ido aún más lejos. Abría una vía nueva: con su buceo demostraba que adentrándose en las catacumbas más profundas del yo se sale a la modernidad. Se convierte en moderno en un siglo metodológicamente clásico: lo concreto en lugar de lo abstracto, lo fragmentario en lugar de lo sistemático; no el conocimiento absoluto, que no es de este mundo, sino el hecho decisivo de la "naturaleza fragmentaria de la persona"; "desde la cercanía, nada es verdadero", a lo más que podemos aspirar es a "verdades en calderilla". O sea, el aforismo, la gracia, la ironía, son "la cueva donde se guarece

la verdad". El aforismo es, precisamente, la verdad-calderilla que abre, como una llave, esa guarida. Un saber desnudo que no prueba nada, pero que habla más hondo que todas las pruebas.

En la dificil relación cuerpoespíritu de Lichtenberg se profetiza la modernidad y se manifiesta ya lo que después se llamó dialética de la ilustración. Su
obra destapa las abundantes
sombras que ocultaba la cegadora luz ilustrada. Lichtenberg
no es sólo el primero que descubre esa dialéctica. Es también
quien más clara y paradigmáticamente la expresa aforísticamente y la encarna trágicamente en vida.